

Las campanas de la discordia

LA *Caterina*», «*el Pau*» y «*el Jaume*» no son, como pudiera parecer a primera vista, los alias de una cuadrilla de «*rodors*» valencianos, sino los nombres de unas campanas del Miquelet de los siglos XIV y XV que el cabildo de la catedral de Valencia ha autorizado a trasladar hasta la Expo de Sevilla para que hagan sonar su voz tres minutos al día mientras dure el evento. Los tres bronces son, qué duda cabe, patrimonio histórico de los valencianos y deben ser tratados con todo el respeto que se merecen y trasladados hasta la capital andaluza con todas las garantías para que no sufran ningún deterioro. Medidas que, al parecer, ya han sido adoptadas por la Generalitat.

Esta aportación valenciana a la muestra de Sevilla no tiene la mayor importancia ni entraña ningún misterio y así lo ha comprendido el cabildo de la Seo. Pero en esta tierra siempre hay una **Agustina de Aragón**, una heroína presta a defender los valores de la raza frente al invasor —sea este francés, magrebí o latinoamericano—. Especímenes más papistas que el Papa que se sienten tocados por la gracia de Dios y directamente influidos por **San Vicente Ferrer**, poseedores de la verdad absoluta y patrimonialistas de la cultura. Esperpentos de una sociedad a la que

dicen defender y a la que ridiculizan y avergüenzan con sus actuaciones. Por si no fuera suficiente bochorno que un diputado autonómico del PP, **José Manuel Botella**, llamara a la rebelión y a encadenarse frente a la Puerta de los Hierros para evitar el traslado de las campanas, ahora la concejala **María de los Dolores García Broch**, también conocida por la «*Lola de Valencia*», ha protagonizado una acción risible y trágicomico al denunciar al cabildo por consentir que las campanas viajen hasta Andalucía. Actuaciones como las protagonizadas por esta señora son de sonrojo y de vergüenza ajena. Es tal su concepción de la política y tal su grado de enajenación que ya se siente depositaria de todos los valores habidos y por haber del pueblo valenciano, hasta el extremo que olvida de forma sistemática que bastante más representativo de los intereses de los valencianos es el Consell de la Generalitat que la formación minoritaria de la derecha a la que ella pertenece. Pero supongo que éste es un matiz que bien poco le importa. Las heroínas no precisan de respaldo social, ni de votos que las avalen. Se bastan y sobran para ponerse al lado del cañón y, al grito de «*mos volen furtar les campanes*», comenzar a disparar contra un enemigo que sólo ellas ven. «*Lola de Valencia*» pertenece a esa es-

tirpe de personas a las que le importa una higa el que dirán. Su verdad es tan absoluta como cerril. Tanto es así que no duda en emprenderla a cañonazos contra la iglesia, la Generalitat y el «*sursum corda*» si se atreve a ponerse por delante. Ni le afecta el dejar en ridículo a todo un pueblo con tal de salirse con la suya. «*Lola de Valencia*» grita «*vivan las campanas*» como hace años sus parientes ideológicos más próximos gritaban «*vivan las caenas*». Y así nos luce el pelo.

Pero no hay por qué preocuparse. Esta Valencia marginada, apartada, arrinconada y relegada de los fastos del 92 recuperará su impronta, brillará con luz propia y será la envidia y el pasmo de los pueblos y las naciones porque «*Lola de Valencia*» y su jefe de filas, **Vicente González Lizondo**, han promovido un espectáculo que será la envidia de todos. Un «*hito histórico*», en palabras del líder de UV. Una iniciativa que dejará chiquito a un tal «*Papitu*», catalán por más señas, que ostenta el *record* en el Guinness de la paella más grande y más incomedible jamás cocinada. Ahí es nada condimentar el mismo día y a la misma hora la paella más inmensa que vieron los siglos y la más pequeña que en el mundo hubo. Podemos respirar tranquilos. Nos roban las campanas, pero nos queda el arroz.